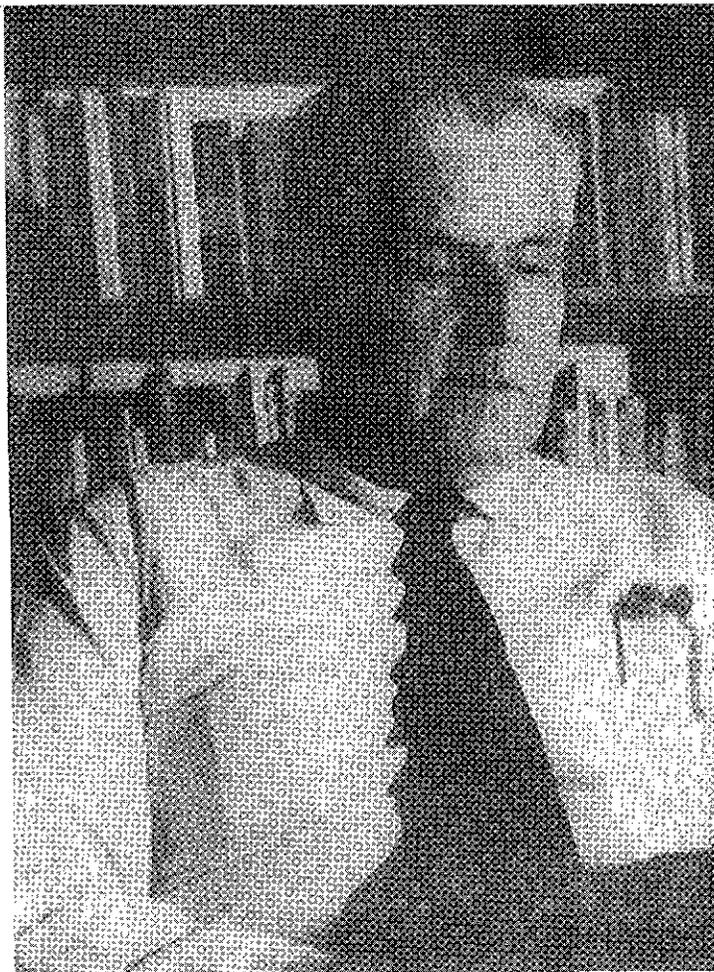


DEL
[CATALUÑO] [CATEDRAL]

*Cuentos
de
Salarrué*



Salarrué
(1899-)

La Botija

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero, el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera

Petrona Pulunto era la “nana” de aquella boca

—¡Hijo: abrí los ojos, ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata

—¿Qué quiere mama?

—¡Qué necesario que tificiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüén!..

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un “cuentete”. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso!— llegó diciendo Se caícajeaba—; meramente el tucito Cande! ..

Y lo dejó, para que jugaran los "cipotes" de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obia denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la fiente

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puño, y tiró por un lado una escupida grande como un "caite", y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vós vas arando y ¡plosh!, de repente pegás en la "huaca", y yastuvo: tihacés de plata.

—¡Achís!, ¿en veías, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puño con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. "Enseguiditas" contó mil hallazgos de "botijas", todos los cuales "él bía presenciado con estos ojos". Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió "majonchos" robados, y se decidió a buscar "botijas". Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta— y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la manquera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbotos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. "Pa" que nacieran perezas; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. El no trabajaba. El buscaba las "botijas" llenas de "bambas" doradas, que hacen "¡plocosh!" cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a "ispíar" detrás de "lo del ductor Martínez", que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cielo y lo había

empujado a las laderas de los cerros; donde aió, aió, desde la gritería de los gallos que se tiran las estrellas, hasta la hora en que el “güas” ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, “puya” el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la “botija” como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, “por siacaso”.

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. “Es el hombre de jienio”, decían, “ende que le entió a saber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca...”

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía “huaca”. Lo que él buscaba sin desmayo era una “botija”, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la “incontraría” tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, les mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, “chachados y profundos”, que daban gusto.

—¡Onde te metés, babosada!— pensaba el indio sin darse por vencido—: Y tei de topar, aunque no queriás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fue, no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se “verdeya” el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dio cuenta de que ya no había “botijas”. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, “voltiando a ver al indio embriecado, y resollando el viento oscuro”.

José Pashaca se puso malo. No quiso que “naide” lo cuidara. “Dende que bía finado la Petrona, vivía íngimo en su rancho”.

Una noche, haciendo “juerzas de tripas”, salió sigiloso llevando, en un cántaro viejo, su “huaca”. Se agachaba detrás de los “matochos” cuando “óiba” ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la “cuma”. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borjó todo rastro de tierra removida; y alzando sus brazos de vejuco hacia las estrellas, dejó liadas en un suspiro estas palabras:

—¡Vaya: pa que no se diga que ya nuai botijas en las aradas! . . .

VOCABULARIO

Cuenterete: cuento; *denantes*: de antes; *catizumbadas*: cantidades; *caite*: especie de sandalia indígena; *huaca*: tesoro enterrado en un cántaro o botija; *bamba*: moneda grande de plata u oro; *guas*: ave crepuscular de canto triste, guauce; *puyar*: punzar con una punta; *chachar*: juntar; *matochos*: matojo, matorral; *cuma*: instrumento de labranza, especie de hoz; *de jierro*: de hierro.

Semos Malos

Goyo Cuestas y su “cipote” hicieron un “arresto”, y se “jueion” para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandoleira; el muchacho, la bolsa de los discos y la trompa achaflanada, que tenía la forma de una gran campánula; floc de “lata” monstruosa que “pejumbaba” con música.

- Dicen que en Honduras abunda la plata.
- Si tata, y poi ái no conocen el fonógrafo, dicen...
- Apuná el paso, vos; ende que salimos de Metapán três choya.
- ¡Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.
- Apechálo, no siás bruto

“Apiaban” para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de “zunzas”, las “taltuzas” comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Poi dos veces “bían” visto el rastro de la culebra “carretía”, angostito como “Fuella” de “pial”. Al «sesteyo», mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un “fostrió”. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el “tata” maldecía y se “ieíba” sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de "pasantes". Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña; limpiaban un puestecito al pie "diun palo" y pasaban allí la noche, oyendo cantar los "chiquirines", oyendo zumbar los zancudos "culuazul", enormes como arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—¡Tata: ¿brían tamagases? . . .

—Nóijo, yo ixaminé el tronco cuando anohecia y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa, nos hallan.

—Sí, hombre, tate tranquilo. Dormite.

—Es que curucado no me puedo dormir luego.

—Estirate, pué. .

—No puedo, tata, mucho yelo. .

—¡A la puerca, con vos! Cuchuyate contra yo, pué. .

Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un "tapexco"; y rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara "añudada" de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano

Los primeros "clareyos" los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amodorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi-ahemangados en la "manga" rota, sucia y rayada como cebia.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, juguares, insectos, hombres. . . Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja —como en los tiempos primitivos— tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

* * *

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja en medio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar "chingastes" de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado "olisco".

—Te digo ques fológiato
 —¿Vos bis visto cómo lo tocan?
 —¡Ajú!. . En los bananales los ei visto
 —¡Yastuvo!..

La trompa trabó. El bandoleiro le dio cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los “blanquiños” manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su “cipote” huían a pedazos en los picos de los “zopes”; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino. . .

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cocales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y, desesperada, la “prima” lamentaba una injusticia

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron. . .

Uno de ellos se echó a llorar en la “manga”. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo “barrioso” donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

Semos malos

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño

VOCABULARIO

Cipote: niño, muchacho; *arresto*: esfucizo; *lata*: hojalata; *perjumar*: perfumar; *plata*: dinero; *choya*: calma excesiva, pereza; *apiar*: bajar; *zunzas*: fruta de las sapotáceas; *taltuza*: especie de conejo; *piel*: cuerda de cuero, *sesteyo*: de siesta; *fostró*: fox trox; *tata*: padre, papá; *pasante*: paseante; *chiquirines*: especie de cigarra; *tamagases*: especie de culebra; *jumar*: fumar; *tapexco*: lecho de varas; *añudada*: anudada; *clareyo*: claridad; *chín-gaste*: pedazos, trizas; *olisco*: de mal olor; *blanquillo*: indumentaria blanca de algodón; *zopes*: aves de rapina, zopilote, aura; *manga*: cobertor de lana con dibujos indígenas

La Brusquita

El rancho de Polo quedaba allá donde empieza a trepar el volcán, al pie de unos “caragos jloridos”, al “jaz” de la vereda que lleva “onde” Meterio Ramos, cerca del cantón Guaruma. Entre pedriscos morados, hecho con paja de arroz y palma, el rancho miraba “pa” bajo, “pa” bajo, por encima de los grandes poteros del Demumbadero, hasta el río Guachote “quiba” haciendo “así, así”, hasta perderse en la montaña. Encorralado en un requiebre, entre “cocos” y platanales, estaba el pueblo. Eran todas las casitas blancas y estaban echadas con los ojos abiertos. Como ganado arisco en desaparajo, iban allá los cerros “atrompesándose” unos con otros, o encaramándose al “diu” de brama.

La “señá” Manuela, la partera, dejó el “guacal” de café en la hornilla apagada, sobre el polvito azul de la ceniza, y con un palito encendido “prendió” la “cabuya” de su cigarro. Con un ojo apagado por el humo, le dijo a Polo para cenar plática:

—Ve vos, yo sé lo que te digo: nuai más dolor quel de parir . . .
Polo asintió, con sencilla nobleza de “innocente”. Se despidió la

vieja y se fue; y el indio, que vivía solo allí, descolgó la guitarra, como quien apecha la tristeza sin temor, y "liayudó" al cielo a "dir" patiendo estrellas en la tarde

* * *

De allá de la carretera, de bien abajo, venía cargando con ella La "bían arronjado diun utomóvil". El "bía" visto el empujón y el "barquinazo" Iban todos "bolos" y ella lloraba a gritos. Cayó en "pinganías", y, dando una "güeltereta", sembró la cara en el lodo y se quedó "aletiando". El la "pepenó" y, como no había dónde, se la llevó cargando al rancho, cuesta arriba, cuesta arriba, "sudoso" y enlodado. Ella "sangriaba" y se quejaba. Por dos veces la "bía apiado" para que arrojara. Arroja un "piro" espumoso y hediondo y "diay" se desmayaba

Entió con ella apenas; la puso en la cama y empezó a lavarle la cara con un trapo mojado. A la luz del candil "vido", al ir boniando, que tenía la cara "chula". El pelo lo "andaba" al "jaz" de la nuca, era blanca y suavcita, suavcita como algodón de ceiba. Cuando abrió los ojos "vido" que los tenía "prietos" y "billosos", como charcos "diagua" en noche de relámpagos

* * *

Se quedó allí mientras se curaba. Había pasado una "goma feya", que le bajó con "chapiro". Con la sobada que le dio en la pierna, bajó la hinchazón. Podía apenas dar pasitos, renqueando y quejándose. Pasaba todo el día tirada boca arriba en la cama, descalza su blancura y triste el negro de sus ojos que le "sonreiban" agradecidos. Se dormía, se dormía . . . , y él la "veiya" desde el taburete, medio envuelta en el "perriaje", con el pelo en la cara, "acuchuyada" toda ella, dándole el redondo de su cuerpo con un abandono que le hacía temblar y "heiver". Cuando estaba "piojunda", él se acercaba y se inclinaba "Guelía ansina" con una "jlor de no sé qué", con un "perjume que mateya" y que da "jieber". Pero Polo sabía, en su sencilla nobleza de "innocente", que "nuay" que "conjundir la caridá". . .

* * *

—Usted, ¿dióndés?

—¿Yo? . . . de la capital. . .

—¿Por qué la embolaron y la enjalaron? . .

—Por bandidos que son. Les pegué en la cara y les dí de patadas y entonces me aventaron los malditos . .

Polo quería decir algo, quería sacar “ajueia” el “ñudo” que se le “bía” hecho en la garganta; pero no salía: era como una espina de pescado y no salía más que por los ojos. Ella lo miraba somiente. Para animarlo, le dijo:

—¿Qué no me mira que soy “busca”?

El no comprendió aquel término urbano. ¡Ah, si lo hubiera dicho con P, qué feliz habría sido!

—¡Qué busca va ser usted! . . .

Ella respetó aquello que creyó ser una ilusión de pureza. El sin duda la tomaba por “niña”.

* * *

Se separaron en el cruceo de los caminos. Allá en el “plán”. Se miraron fijo un rato, mientras cantaban los “pijuyos”. Ella le cogió las manos y se las besó, se le “atrinquetió” en el pecho, y ligerito, le dio un beso en la cara y se alejó “enquiando”. El quedó como sembrado. Rígido como “botón” de cerco, mirándola “diase”, “pelona” y “chula”, chiquita y blanca. Cuando “descruzó”, lo “voltió a mirar” parándose un momento y le dijo adiós con los dedos. El, sin “juerzas” casi, le meció la mano.

* * *

Sentado en la piedra, frente al rancho, miraba “baboso” y “juido” del mundo, cómo venían, por los potreos del Derrumbadero, los toros tardíos cabeceando y mugiendo, como si empujaran un trueno.

En la puerta del rancho la “señá” Manuela, la partera, cansada de hablar sola, se “encumbró” el último trago de café hundiendo la cara en el “guacal” y sentenció siempre “al igual”:

—Yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir . .

Con sencilla amargura de “inocentes”, el indio dejó de hacer cruces en la arena, y de un golpe clavó con furia el “coivo” en el tronco del “carago”. Cayeron “flores”

VOCABULARIO

Brusquita: término cordial para designar a una ramera; *carago*: árbol de flores rosadas y fruto en forma de vaina; *carao*; *cocos*: fruto del cocotero; *cabuya*: cabo o colilla de cigarrillo, puro; *barquinazo*: golpe; *pinganiya*: en la punta de los pies; *güeltereta*: vuelta; *pepinar*: recoger; *pino*: desperdicio en la fabricación del alcohol; *chula*: bonita; *plan*: explanada; *perraje*: frazada; *pijuco*: especie de pájaro; *voltiar*: girar la cabeza para mirar; *dir*: ir; *airompesándose*: tropezando; *quiba*: que iba; *seña*: señora; *prender*: encender, dar fuego; *al jaz*: al lado; *bolos*: borrachos; *goma*: malestar después de una borrachea; *chaparro*: aguardiente casero; *guetía*: olía; *jebre*: fiebre; *nuay*: no hay; *diondés*: de donde es

La Honra

Había amanecido “noitiando”, la Juanita limpia; “lagua” helada; el viento llevaba “zopes” y olores. Atravesó el llano. La “nagua” se le amelcochaba y se le hacía calzones. El pelo le hacía alacianes negros en la cara. La Juana iba bien contenta, “chapudita” y apagándole los ojos al viento. Los árboles venían corriendo. En medio del llano la cogió un tumbo de “noite”. La Juanita llenó el frasco de su alegría y lo tapó con un grito; luego salió corriendo y emedándose en su risa. La “quiltra” iba ladiando a su lado, quitando alcanzar las hojas secas que pajareaban.

El “ojo diagua” estaba en el fondo de una barranca, sombreado por “quequeishques” y palmitos. Más abajo, entre grupos de “güiscoyoles” y de “ishcanales”, dormían charcos azules como cáscaras de cielo, laigas y oloríferas. Las sombras se habían desbarriancado encima de los paredones; y en la corriente “pacha”, quebradita y silenciosa, rodaban piedrecitas de cal.

La Juanita se sentó a descansar: estaba agitada, los pechos —bien ceñidos por el traje— se le querían ir y ella los sofrenaba con suspiros imperiosos. El “ojo diagua” se le quedaba viendo sin parpadear,

mientras la “quilita” lengüecaba golosamente el manantial, con las cuatro patas ensambladas en la arena virgen. Río abajo, se bañaban unas ramas. Cerca, unos peñascales veidosos sudaban el día.

La Juanita sacó un espejo, del tamaño de un “colón”, y empezó a espiarse con cuidado. Se arregló las mechas, se limpió con el delantal la frente sudada, y como quería, cuando a solas, se dejó un beso en la boca, mirando con recelo al rededor, por miedo a que la “bieran ispiado”. Haciendo al escote comulgar con el espejo, se bajó de la piedra y comenzó a “pepenar chinolitas” de tempisque para el “cinquito”

La “quilita” se puso a ladra. En el recodo de la barranca apareció un hombre montado a caballo. Venía por la luz, al paso, haciendo “chingastes” el vidrio del agua. Cuando la Juana lo conoció, sintió que el corazón se le había ahogado. Ya no tuvo tiempo de escaparse, y, sin saber por qué, lo esperó agarrada de una hoja. El de a caballo, joven y guapo, apuró y pronto estuvo a su lado, radiante de oportunidad. No hizo caso del ladrido y empezó a “chuliar” a la Juana con un galope incontenible como el viento que soplaba. Hubo defensa claudicante, con noes temblones y jaloncitos flacos; después ayes, y después El “ojo diagua” no parpadeaba. Con un brazo en los ojos, la Juana se quedó en la sombra.

* * *

Tacho, el hermano de la Juanita, tenía nueve años. Era un “cipote aprietado” y con una cabeza de “huizayote”. Un día “vido” que su “tata” estaba furioso. La Juana le “bía” dicho quién sabe qué, y el “tata” le “bía” metido una “penquiada del diablo”.

—¡Babosa!— había oído que le decía —¡Habís perdido loma, que era lúnico que tráibas al mundo! ¡Si biera sabido quibas ni a dejar loma al ojo diagua, no te deajo ni aquel diya; gran babosa! ..

Tacho lloró, porque quería a la Juana como si hubiera sido su “nana”; e ingenuamente, de escondiditas, se “jué” al “ojo diagua” y se puso a buscar cachazudamente “loma e la Juana”. El no sabía ni poco ni mucho cómo sería “loma” que “bía” perdido su hermana, pero a juzgar por la cólera del “tata, bía” de ser una cosa muy fácil de hallar. Tacho se “maginaba loma”, una cosa lisa, redondita, quizá brillante, quizá como moneda o como cruz. Pelaba los ojos por el arenal, río abajo, río arriba, y no miraba más que piedras y monte, monte y piedras, y “lonra” no aparecía. La “bía” buscado entre “lagua”, en los

matonales, en los hoyos de los palos y hasta le “bía” dado “güelta” a la arena cerca del “ojo”, y ¡nada!

—Lonia e la Juana, dende que tata la ha penquiao —se decía— ha de ser grande.

Por fin, al pie de un “chapano”, entre hojas de sombra y hojas de sol, “vido” brillar un objeto extraño. Tacho sintió que la alegría le iba subiendo por el cuerpo, en espumarajos cosquilleantes.

—¡Yastuvo! —gritó

Levantó el objeto brillante y se quedó asombrado

—¡Achís —se dijo—. No sabía yo que lonia jueira ansina.

Corrió con toda la fuerza de su alegría.

Cuando llegó al rancho, el “tata” estaba pensativo, sentado en la “piladera”. En la arruga de las cejas se le “bía” metido una estaca de noche.

—¡Tata! —britó el “cipote” jadeante—: ¡Ei ido al ojo diagua y ei encontrado lonia e la Juana, ya no le pegue, tome! . . .

Y puso en la mano del “tata” asombrado, un fino puñal con mango de concha.

El indio cogió el puñal, despachó a Tacho con un gesto y se quedó mirando la hoja puntuda, con cara de vengador

—Pues es cierto . . . —murmuró

Cerraba la noche.

VOCABULARIO

Nortiando: haciendo viento; *nagua*: indumentaria, especie de falda; *quequeisque*: especie de planta que crece en la humedad; *güisoyol*: palmera de cuyo tronco se saca una bebida muy agradable; *colón*: moneda, unidad monetaria de El Salvador y de Costa Rica; *chirota*: bolas; *cinquito*: juego infantil; *chuliar*: piropear; *huizayote*: especie de fruta comestible; *penquiada*: golpiza; *piladera*: especie de mortero grande labrado en un tronco de árbol sirve para descascarar el arroz; *chapuda*: rosada; *pacha*: poco profunda; *ojo diagua*: nacimiento de agua, manantial



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

La Petaca

Era pálida como la hoja-maiposa, bonita y triste como la virgen de “palo” que hace con las manos el “bendito”, sus ojos eran como dos grandes lágrimas congeladas, su boca, como no se había hecho para el beso, no tenía labios, era una boca para llorar; sobre los hombros cargaba una joroba que terminaba en punta. La llamaban la “peche” María

En el rancho eran cuatro: Tules, el “tata”, la Chón su “mama”, y el robusto hermano Lencho Siempre María estaba un grado abajo de los suyos. Cuando todos estaban serios, ella estaba llorando; cuando todos sonreían, ella estaba seria, cuando todos reían, ella sonreía, no rió nunca. Servía para buscar huevos, para lavar trastes, para hacer “iñ”..

—¡Quitá diay, si no querés que te raje la petaca!

—¡Peche, vos quizás sos lhija el cerro!

Tules decía:

—Esta indizuela no es feya; en veces mentian ganas de volarle la petaca, diún corvazo!

Ella lo miraba y pasaba de uno a otro rincón, doblada de lado la cabecita, meciendo su cuerpecito endeble, como si se arrastrara. Se animaba al "baul", y con un dedito se estaba allí sobando manchitas, o sentada en la "cuca", se estaba "ispiando" por un hoyo de la "paté" a los que pasaban por el camino

Tenían en el rancho un espejito "ñublado" del tamaño de un "colón" y ella no se pudo ver nunca la joroba, pero sentía que algo le pesaba en las espaldas, un "cuentete" que le hacía poner cabeza de tortuga y que le encaimaba los brazos: la "petaca"

* * *

Tules la llevó un día "onde el sobador".

—Léi traído para ver si usted le quita la puya. Pueda ser que una sobada. . .

—Hay que hacer perimentos difíciles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible

Tules le dijo que se quedara.

Ella se jaló de las mangas del "tata"; no se quería quedar en casa del sobador y es que era la primera vez que salía lejos, y que estaba con un extraño.

—¡Papa, paíto, ayéveme, no me deje!

—Ai tate, te digo; vuá venir por vos el lunes.

El sobador la amarró con sus manos huesudas.

—¡Andáte ligero, te la vuá tener!

El "tata" se fue a la carreta.

El sobador se estuvo acorándola por los rincones, para que no se saliera.

Llegaba la noche y cantaban gallos desconocidos. Moqueó toda la noche. El sobador "vidó quéra chula".

—Yo se la sobo, ¡ajú!—pensaba, y se "reiba" en silencio.

Seían las doce, cuando el sobador se le animó y le dijo que se desnudara, que "liba" a dar la primera sobada. Ella no quiso y lloró más duro. Entonces el indio la "trincó" a la "juerza", tapándole la boca con la mano y la dobló sobre la cama.

—¡Papa, papita! . . .
Contestaban las ruedas de las carretas noctámbulas, en los baches del lejano camino.

* * *

El lunes llegó Tules. La Mariá se le presentó, gimiendo . . . El sobador no estaba.

—¿Tizo la peración, vos?

—Sí, papa . . .

—¿Te dolió, vos?

—Sí, papa . . .

—Pero yo no veo que se te rebaje

—Dice que se me vir bajando poco a poco .

Cuando el sobador llegó, Tules le preguntó cómo iba la cosa.

—Pues, va bien —le dijo—, sólo quíay que esperarse unos meses. Tiene quíisele bajando poco a poco

El sobador, viendo que Tules se la llevaba, le dijo que por qué no la dejaba otro tiempito, para más “seguridá”; pero Tules no quiso, porque la “peche” le hacía falta en el rancho

Mientras el “papa” esperaba en la tranquera del camino, el sobador le dio la última sobada a la niña.

Seis meses después, una cosa rara se fue manifestando en la “peche” Mariá.

La joroba se le estaba bajando a la barriga. Le fue creciendo día a día de un modo escandaloso, pero parecía como si la de la espalda no bajara gran cosa.

—¡Hombré! —dijo un día Tules— esta babosa, tá embarazada!

—¡Gian poder de Dios! —dijo la “nana”.

—¿Cómo jué la peración que tizo el sobador, vos?

Ella explicó gráficamente.

—¡Aijuesesentamil! —rugió Tules— ¡Mianimo a it a volarle la cabeza!

Pero pasaba el tiempo de ley, y la “peche” no se desocupaba.

La partera, que había llegado para el caso, “useivó” que la niña se ponía más amarilla, “tan amarilla, que se taba poniendo verde”. Entonces diagnosticó de nuevo

—Esta lo que tiene es fiebre pútrida, manchada con aigre de corredor.

—¡Eee?...

—Mesmamente; hay que darle una buena fregada, con tusas empapadas en acetoloroco, y untadas con kakevaca.

Así lo hicieron. Todo un día pasó apagándose; gemía. Tenían que estarla “voltiando” de un lado a otro. No podía estar boca arriba, por la “petaca”; ni boca abajo, por la barriga.

En la noche se murió.

Amaneció tendida de lado, en la cama que habían jalado al centro del rancho. Estaba entre cuatro candelas. Las comadres decían:

—Pobre; tan güena que era, ¡ni se sentía la indizuela, de mansita!

—¡Una santa! Si hasta, mirá, es meramente una cruz!

Más que cruz, hacía una equis, con la línea de su cuerpo y la de las “petacas”.

Le pusieron una coronita de “siemprevivas”. Estaba como en un sueño profundo, y es que ella siempre estuvo un grado abajo de los suyos: cuando todos estaban riendo, ella sonreía; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos estaban serios, ella lloraba; y ahora, que ellos estaban llorando, ella no tuvo más remedio que estar muerta.

VOCABULARIO

Petaca: joroba; *palo*: madera; *peche*: delgada, desnutrida; *sobador*: persona que da masajes para aliviar las contusiones; *trincar*: echar y sujetar sobre el suelo o sobre algo; *kakevaca*: estiércol de vaca; *siemprevivas*: especie de flor silvestre

Tocata y Fuga

María Cristina enjugó todavía una lágrima rezagada en la esquina enojecida del ojo, luego con el ademán inconsciente de una niña menor se sonó con la punta del tapado, advirtió su descuido y se ruborizó mientras alisaba nerviosamente los pliegues para disimular.

—Los vendí —dijo— para poder pagar la deuda de la tienda. ¿Qué más podía hacer?

Agustín la miró con una extraña mirada de piedra. Ella no entendía estos ojos grises que brillaban como al borde de un abismo.

—¡Ah! . . . —dijo él— ¡ahora caigo! . . . ¡ahora caigo! . . .

Era cierto. Ahora caía el emigrado, aquí, en presencia de la esposa, ahora caía de nuevo al mundo. Por primera vez desde su fuga, las manos, que las andaba como alitas, como flores, como dádivas en las manos de toda la gente buena, se le agarraron un poco en puño casi ceñido, con aquella contracción que enarbolaba una vez más la bandera del carácter rebelde, justiciero, inconforme, altanero.

—¡Ya te entiendo! . . . No tiene remedio.

—Tal vez más allá podrías tener algo así otra vuelta. Vos sabés que no hay nada imposible cuando el señor lo quiere. Además yo no sabía . . . tenía que pagar . . . tenía que venirme

—¡No!. . . ¡Sí! . . . Hiciste bien, Tina, hiciste bien . . . Además. . . no tiene remedio . . . ¿verdad?

Ella lo miró sin alegría:

—Estás flaco

—Estoy bien, mejor . . . estaba zoquetudo, me siento más ágil y más fuerte.

Se sentó al lado de ella en la cama. Después de los primeros apretones de entusiasmo (dados a tontas y a locas en la sala del huésped) este abrazo era ya del cuerpo y no del alma. La Tina no decía nada de que ella estaba flaca y demaciada, pero él la veía así como con más alma, esa más alma que había estado hallando en todas partes, esa más alma del cuerpo, con orejas lilas y miradas pedigüeñas, con temblor en los dedos y un vacilar en todo el ser, que encendía el cariño y la caricia. La puso contra su pecho, después de tanto tiempo, le dijo el nombre con voz oscura de añoranza. Ella cerró los ojos

* * *

El sopor de mediodía empezó a ser sacudido por un vientecito frío que llegaba a todas partes. Por la ventana entreabierta entraba hasta la cama revuelta donde María Cristina dormía ahora profundamente. Agustín se sentó aún adormilado. Miró a su mujer con ojos piadosos, le cubrió la cadera desnuda con la colcha y fue después, tambaleante, hasta la ventana que abrió un poco más para mirar afuera. Aquello era segura tormenta. Sobre las seranías cundidas de pinos la humedad de un nubarrón se iba abriendo en grumos grises y plateados los cuales palpadeaba ya el relámpago

—Este es un aguacero seguro —pensó Agustín.

El viento arreciaba paulatinamente y de aquella masa multiforme de nubes surgieron puños blanquecinos que golpearon rabiosamente el cuerpo de tambor de un cielo gris-verde, templado cada vez más, del horizonte al horizonte.

Pronto estuvo la lluvia encima de los pinares que forcejeaban negros y silbantes. Con anchos escopetazos el remolino limpió de basuras los patios de la hacienda. Las hojas pajarearon en todas direcciones y los tejados empezaron a recibir la munición de las primeras gotas

que respingaban en tikes de granizo, hasta que la lluvia toda estuvo encima del techo, ensordecedora, quebiándose en lenguas de vidrio al saltar del alero.

Agustín había cerrado la ventana y encendido el quinqué de gas. El olor finquero del gas se mezclaba al dulce olor a teja esponjada.

María Cristina se había vestido y estaba ordenando sus maletas.

—¿Te gusta aquí?

—Sí, pué, me quedara si no fuera por Adalberto. Cómo estará de triste el cipote! . . . De mí no *siabía* separado nunca.

—¡Pobrecito! . . .

Tomasa, la hermana de Agustín les hacía el favor de tenerles al hijo de doce años mientras ella volvía.

—¿Cuánto *tantiás* que puedo quedarme con vos?

—Por mí que te quedaras todo el mes, pero . . . eso se lo dejo a tu juicio. Ya sabés que estoy aquí, que no me mataron; que puedo trabajar en la hacienda de don Nacho. Dios nos dará la señal cuando tengamos que juntarnos de nuevo.

—¡Ay! . . . ¡No quisiera que entrara ninguna revolución! ¡Este penar ya no lo aguanto! . . .

—Yo no estoy entendiendo que la cosa se pueda tener así como así . . . Esto está un poco *jodido* . . . Pero si hubiera que hinchar el pellejo, pues . . . tenés que pensar que tenemos que ser libres al fin . . .

—¡Todos son la pura porquería! . . .

—No todos, Tina, no todos . . .

El fujete de un rayo hizo temblar el mundo. La mujer se santiguó.

* * *

A eso de las cuatro el día relució con azules de acerina. El cielo había quedado gris y las serranías, aún oscuras pero limpias de niebla. El llano se alzaba hasta los peñascales al sur. Un camino angosto lo cruzaba; cinta roja en el verde empapado de la grama. Uno que otro charco resplandecía en el suelo oscuro con magia de ópalos.

Anduvieron toda la extensión y treparon a la colina de rocas sentándose con los rostros hacia el lado de la patria. En la borrosa lontananza el doble cono del "Chinchontepeque" aparecía en su azul des-

teñido, pero se reconocía sin esfuerzo. Allá también estaban los picos desdibujados del San Miguel, del Santa Ana y del Izalco.

Sentados allí respiraban a todo pulmón la frescura de la tarde. De los pinares llegaba el olor y el pajaterío. Se oprimieron las manos y él empezó a contarle lo sucedido.

* * *

“Eran allá como las doce y media de la noche del 28 de junio cuando oí ruido de llaves en la puerta de la celda. En ella estaban conmigo: Moreira, Calderón, Jacinto y un muchacho de apellido Rivera López. Estábamos empezando a dormirnos en nuestro dormitorio tan teta-ceado, tú sabes cómo son de feas las celdas del callejón 10: frías, húmedas, pestilentes. . . Un oficial y varios clases entraron llevando una lámpara. Todos nos habíamos sentado y podía decirse que se escuchaba el violento golpe de cinco corazones angustiados. Moreira no hizo sino levantar la cabeza; el pobre estaba tan adolorido y afiebrado que a ratos deliraba. La paliza había sido madre, sobre todo para él, querida. . . Tú no puedes imaginar lo que significa estar así uno, acorralado y golpeado y esperando a cada momento la hora fatal del paredón. El ruido de una llave en la cerradura se escucha con la zozobra del que oye cómo la rata sigilosa de la muerte roe las últimas fibras que nos atan a la existencia.

Pero luego en aquel nudo de ideas negras se entrecruza fatalmente la hebra verde de la esperanza. Ese ruido de la llave en la puerta puede ser el preludio de cuatro cosas importantes: el espantoso paredón de fusilamiento, la liberación por causas desconocidas, el destierro o bien la terrible “fuga” que no lo es, la “fuga” a la cual llama Jacinto (siempre en guasa aun en los momentos más trágicos): “La fuga que viene después de la tocata”. La tocata es la paliza y la fuga es un fusilamiento hipócrita. El prisionero es trasladado de un sitio a otro distante varias leguas; en el camino se le invita a fugarse y cuando el prisionero se cree el hombre más feliz del mundo se le aplica la ley fuga, que es un fusilamiento por la espalda para todo lo que intenta escaparse”.

—¡Bendito sea Dios que sólo te destenaron. . .!

—Pues. . . eso es lo que no sabía yo. . . es decir. . . no estaba seguro. De todas maneras a mí me aplicaron la ley fuga.

—¡Qué dices. . .!

—Eso. . . Me sacaron esa noche a mí solo. El oficial dijo: ¡Agus-

tín Martínez; trasladado a Chalatenango! Despidase que vamos andando al momento.

Me abrazaron fuerte, deseándome felicidad pero con voces quebradas porque sabían lo que podía ser. . . Tú sabes que yo sólo temo a la muerte por ustedes. Pues bien, tenía miedo y valor a la vez. Me dolía así como un lado del corazón y el otro me escarabajaba de un extraño gusto, eso que siente el que teniendo sus cuentas claras sabe que va a rendirlas, que llega la hora de la prueba en la cual, como pensó siempre, no fallaría; se hincharía de orgullo y de valor y se rajaría sólo como el roble cuando es la noche de su rayo. Yo no quería y quería, al mismo tiempo, ir a morir, caminaba con el continente sereno y altanero pero me temblaban las manos en las abrazaderas y sentía en el ombligo una estocada de fatalidad.

Me llevaron en un carro varias horas, entre dos guardias nacionales que no hablaban, sólo eran en la penumbra dos siluetas encogidas y malolientes.

Los rayos claros de las estrellas ponían en ciertas partes de la indumentaria, reflejos sobre las placas metálicas. Todo lo veía yo como una pesadilla. ¡Quizá estaba soñándolo todo!. . . Así pensaba por momentos. Después me llevaron a pie por un camino desconocido. Serían allá como las cuatro de la mañana (a juzgar por el "nixtamaleo" que brillaba sobre las montañas grises y amontonadas), cuando el sargento mandó parar al llegar a un "rigüilote" al final de la llanada y al pie de las primeras estribaciones. No me gustó nada aquella orden. "

María Cristina se echó llorando en el pecho de Agustín, sacudida por violentos sollozos.

—*Cálmate, Tina, cálmate. . .* después de todo ¿No *mián* matado, *verdá*?

Ella continuó sollozando por desahogo, por inercia, y luego volvió a escuchar.

"Hacia el sur y sobre las serranías del "Chapanastique" el cielo se resquebrajaba y por alguna rendija caían rayos azulinos de sol que ponían oio en algún picacho, traslucían amatistas en alguna hondonada, soslayaban la esmeralda de alguna llanura o estremecían la acarina de lontanos aguajales.

"Yo supe en aquel momento lo que es estar solo frente a Dios. La esperanza como marchita floi en el calcinado tiesto del corazón. Me

iban a fusilar allí, lo sabía por todo, por el tono de la orden, por la distancia, por la hora... Como un último temblor de carne digerí el nudo que tenía en el estómago. Ya no sentía estómago, ya no sentía ardor en las plantas de los pies, sólo sentía la frente; debajo, los ojos encendidos como con un poderoso fuego; la boca que iba a pronunciar unas últimas palabras terribles. Los oídos me ardían como si hubiera pasado por ellos el vendaval violento y silbante que lo llevaba todo, hasta la vida misma.

Cuando el sargento encendió un pufo y dio algunos pasos hacia donde yo estaba, sabía perfectamente qué iba a decirme

—Don Agustín. . . Traigo orden de tronarlo

Yo no contesté, ni sentí que se alterara en mi cuerpo el más pequeño músculo. Oí lo que debía oír

—¿No tiene miedo. . . ?

Tampoco dije nada. Echó humo por una boca de almeja entre buelona y piadosa. Miró a los guardias a uno y otro lado. Dio dos pasos con aire de importante persona y clavó la planta de una bota en el tronco del árbol recostando el cuerpo a discreción.

—*Muchá*, ¿qué dicen si lo dejamos ir . . . ?

Uno de ellos respondió:

—Si usted lo manda, mi sargento, por nosotros que se vaya . . .

—*Diacuerdo*. . . ¡que se vaya . . . ! —dijo el otro.

El sargento volvió a acercáseme y me miró siempre sonriendo con el pufo en un extremo de la boca:

—Lo vamos a soltar . . .

—No soy tan tonto de creerlo —dije con toda naturalidad—. Yo sé perfectamente lo que va a suceder. La ley fuga ¿verdad? la ley fuga . . . Pues bien: no me queda otro camino sino dar mi vida por la patria que amo, pero sepan ustedes tres que en mi fuga rezaré las palabras de Judas ahorcado que son para que el cómplice padezca la muerte repentina y compartita el castigo con el culpable intelectual

No sé por qué les dije esto, no podía atacarlos y vencerlos y había una posibilidad de intimidarlos porque son de casta supersticiosa. Se miraron sonriéndose como bobos los unos a los otros. Luego el sargento vino a mí y cortó las ligaduras con su yatagán. Me entregó el sombrero que se me había caído al camino y con voz imperiosa me mandó:

—¡Andele, ándele; salga para Honduras si quiere vivir! ¡si va despacio lo tronamos! . . .

Sólo sé que una vaga esperanza me cortó el oigullo; apabullé el sombrero entre las manos, vacilé un instante y luego eché a correr hacia un sitio cerrado de maleza al pie del cerro

El aire frío silbaba en mis oídos por el impulso de mi cuerpo; mis botas sonaban extrañamente en la carrera. Fue entonces que sonó la primera descarga y oí el silbido de las balas. Esto puso alas en mis piernas. Las lianas reventaban a mi paso y las hojas eran como olas de espumosas aguas arremolinadas en torno mío. Oí dos descargas y algunas voces. Al saltar una cerca junto a una barranca puse el pie en un tronco grueso que se hizo polvo y me llevó rodando entre pedruscos y ramas espinosas hasta lo más hondo. Di medio a medio con la frente en una estaca de guayabo y sin ánimo de levantarme me quedé embocado largo tiempo. Tenía sangre en los dorso de las manos, en la barba y en la frente. Después de un largo silencio que sería quizá de media hora me levanté y seguí andando hacia una quebrada donde lavé mi cara y traté de entender si estaba herido de bala ¡Nada, nada! . ¿Me tirarían a matar? ¿Habían errado por falta de buena puntería, o por piedad? . . . ¿o por miedo? . . . ? ¿Tenían órdenes de matarme o de dejarme libre? . . . ? No podía saberlo.

Tenía que caminar sin descanso si quería alcanzar la frontera. No debía estar lejos a juzgar por lo que el saigento dijo

Caminé como un borriacho durante toda la mañana y al medio día llegué a un rancho medio derruido donde en un corral fangoso había cinco vacas con sus crías. El rancho tenía un caedizo hasta al suelo bajo el cual había hozando en lodo revuelto una cerda flaca. El piso del interior estaba lleno de agua y tallos de escobilla, pero había un tabanco de *tapexco* con una escalera de *guarumo* macheteado. Estaba a punto de soltarse una tormenta y sin pensarlo mucho enté dejando las botas pintadas en el lodo y subí por la escalera cogiéndome a los pilares como pude. Arriba había un rincón donde el *tapexco* era más nutrido y tenía colchón de paja. Varios trastos estaban regados por todas partes o guindando de las vigas. Estaba muy rendido, eso era todo. No tenía miedo. Una como alegría de intuición me hervía en el pecho. Sabía que nada malo podría ocurrirme ya. Cuando el aguacero cerró las montañas me encogí en aquel *tapexco*, me envolví con algo de paja y con mi saco y me dormí profundamente.

Llegó la noche y llovía. Varias veces desperté debido al frío intenso, al soplo persistente de una corriente de aire, debido al escozor del *ajuate* en el cuerpo o por el aullido o el grito de extraños animales. Una vez, como a la madrugada, me despertó un lejano disparo como

de escopeta. Al amanecer entré en el más profundo sueño. Había cesado el viento y la lluvia y en la medida en que el sol caldeaba el exterior del rancho mi sueño debe de haberse hecho cada vez más hondo y reparador.

Serían allá como las ocho cuando yo abí los ojos y desperezándome me puse a mirar las vigas rollizas y los mecates que ataban el techo de paja al *tapexco* del rancho. Mi pensamiento parecía claro y diáfano como nunca y mi corazón se sentía contento como flor recién abierta al sol de la mañana. ¿Qué había sucedido...? Trecho a trecho seguí en el mapa del recuerdo los acontecimientos del día anterior desde mi salida de la celda. Someí sin poder evitarlo al recordar la idea de Jacinto sobre la "Tocata y Fuga". Había pasado yo por este extraño incidente musical y sin embargo estaba aquí, sano, libre y contento. ¿Sería tanta mi suerte?

Por una claraboya tan grande que podía tenerse por ventana, veía un grupo de ramas y una de ellas estaba en flor y llena de luz del sol. Las vacas y sus crías continuaban el concierto de tiernos balidos que venía oyendo desde poco antes de amanecer. Oía sin temor alguno el ruido que hacían los chorrillos de leche al golpear las paredes metálicas de un balde de ordeño. Alguien estaba allí ordeñando... Y yo no tenía miedo.

Pero esta misma extraña sensación de paz y de júbilo trajo al fin a mi mente la extraña idea de si estaría muerto. ¿Acaso no había sido fusilado durante mi fuga...? Yo, corrí, corrí... como corre la víctima en esta terrible ley del venado, que mata en el salto y en la carrera. ¿Sería la muerte una como segunda vida en un plano distinto, en una escala mayor? ¿Se resolvería esta tocata de aquí abajo, en una fuga por un camino de más alegría y color? ¿Seguiría el venado hendiendo el viento y de salto en salto por la nube al dejar tronchado sobre el suelo el cuerpo esbelto de que la bala traidora le privó?

* * *

Agustín Martínez siguió refiriendo a su esposa todos los pormenores de aquella extraña fuga: la amable acogida del finquero que lo guió a la frontera cercana y le ayudó con víveres y plata; la acogida de las montañas hondureñas; el amplio pinar que era como la sala hipófila de un templo natural, oloroso con la trementina del *ocote* y la fibra seca del suelo alfombrado, libre de maleza y resbaladizo; la amabilidad del aire puro y saturado y la de los campesinos hospitalarios.

Todo era como un mundo nuevo, más amplio, más hermoso, más bueno. . . ¿Cómo no dudar de si vivía aún ? Nadie era conocido, todos eran nuevos, nuevo el clima, el cielo y el paisaje, la salud levantada, el apetito esponjado y la simple idea de sobrevivir, aunque fuera en la muerte, le había cambiado en otro, en el hombre que debió siempre ser.

Refinióle su providencial encuentro con Don Nacho, un hacendado generoso que le recibió como si hubiera sido el hijo pródigo. Le había puesto cariño; se interesó en que ella supiera que él vivía y estaba allí.

—Tu cara fue la primera cara conocida que yo vi después de la experiencia. El verte me reconciliaba con la idea de no haber muerto; pero no fue sino cuando tú me dijiste que te habían cobrado la cuenta y que habías tenido que vender lo que yo tanto aprecio, que volví en mí y me sentí de nuevo en esta pesada vida de injusticia

—¡Agustín . . . no blasfemes; piensa en todo lo bueno que el Señor ha sido con nosotros conservándote la vida!

—Tienes razón. . . soy muy tonto . . . Pero es que. . . hay otros que sufren y me necesitan, no podí vivir sin luchar por ellos . . .

Miró el horizonte ya borroso del sur, mientras masticaban un tallo de "gallito". Allá lejos estaba la patria pequeña extendida en la sombra de la prima-noche como una bandera enorme. Casi se decía que ondulaba al viento, en azul, en blanco, en azul; pero los azules estaban ennegrecidos y el blanco agrisado. . .

Agustín era un patriota, idealista, ilusionado. . . Con los ojos húmedos y mientras apretaba entre las suyas las manos de la Tina, recitaba mentalmente la estrofa pertinaz de su poeta preferido

*"Bandera yo te adoro con una fiebre extraña,
como el pájaro esclavo al bosque y la luz.
Para mi sed de verte son aguas de montaña
esos colores frescos en que te bañas tú. . .!"*

VOCABULARIO

Tantiar: calcular; *jodido*: fastidioso; *tigüilote*: clase de árbol; *Muchá*: muchacho; *diacuerdo*: de acuerdo; *guarumo*: clase de árbol; *ajuate*: pelusada de las gramíneas que produce escozor; *ocote*: madera resinosa de las coníferas

